

## UN NAUFRAGIO MISTERIOSO



Zarparon del puerto francés de Rochefort a bordo de un velero nuevo de 37 pies provisto de dos palos, construido con fibra de vidrio. Tenía una puente alto repleto de portillos de metacrilato que le restaban estética marinera. Su destino era Senegal. La tripulación la componían Bernard, su compañera Louise y la hija de ambos de seis años Gaella. Cuando navegaban a 70 millas al oeste del cabo de Finisterre, un frente frío del Oeste les sacudió como si fueran una hoja de papel. Por la noche escucharon un ruido ensordecedor, y el barco volcó. Pasaron unos segundos eternos y, el Jan Van Gent, que así se llamaba el velero, se fue adrizando; pero la cámara estaba anegada por el agua, y continuaba entrando por unos portillos que no habían resistido la fuerza de la mar. Con toda la premura que fueron capaces, recogieron algunas cosas del barco y dispararon el sistema de inflado de la balsa salvavidas.

Al embarcar en el bote de goma, Louise advirtió que Bernard estaba herido, pues tenía la cara y el cuerpo cubiertos de sangre. Exteriormente Bernard solo tenía cortes y magulladuras, pero empezó a encontrarse tan mal que Louise dedujo que debía tener alguna herida interna. La noche siguiente falleció. La pequeña Gaella no podía apartar la mirada del cadáver de su padre, presa de un ataque de histeria contenida. Su madre se empeñaba en repetirle que se había ido al cielo, pero la niña insistía en que solo estaba dormido. A los dos días, Louise tomó la decisión de tirar el cuerpo por la borda, dado el incipiente estado de descomposición que presentaba. "Fue un momento terrible para las dos", contaría después.

Durante las tres semanas siguientes la balsa derivó hacia el Norte impulsada por vientos del suroeste. Bebían agua de lluvia y masticaban muy despacio unas galletas para que durasen más. El bote hacía agua y era necesario achicarlo cada dos horas. Varía veces, y desde el bajo horizonte que contemplaban a ras de agua, pudieron distinguir la lejana silueta de algunos mercantes, pero Louise era consciente de que iba a ser muy difícil que les viesen. Para entretener a la pequeña le contaba cuentos de campos y montañas, en los que el paisaje no les podía hacer daño. Otros ratos, cantaban o le enseñaba a hacer nudos. Y durante las eternas noches, competían sobre cuál de las dos contaba más estrellas. La pequeña Gaella parecía que se iba olvidando de la muerte de su padre.

Por fin, y tras pasar 23 días a la deriva, un mercante ruso se fue aproximando hasta ellas; "Ese sí nos ha visto", chillaba Louise. Cuando estuvo a su costado, un hombre descendió atado a un cabo, pero al llegar a la balsa, y por culpa del rebote de una ola, volcó la frágil embarcación. Las dos quedaron debajo respirando la burbuja de aire que había en la balsa invertida. La niña repetía que no lo iba a conseguir. Su madre la aferraba desesperada tratando de que no se hundiese. En otro golpe de mar, Gaella desapareció. Segundos después,

sintió como alguien la agarraba y la elevaba. La siguiente imagen que tuvo de la tragedia fue desde un helicóptero de Salvamento Marítimo Español: la balsa se había adrizado, pero no había nadie a bordo; el mercante también había desaparecido.

Cuando llegaron a tierra, el comandante del helicóptero declaró que ellos sólo habían visto a Louise, que no sabían nada de la niña. La llamada de socorro la recibieron desde un barco que no se reportó, seguramente para no tener complicaciones. También la policía encontró muchas contradicciones en las declaraciones de la francesa, y todavía hoy, nadie sabe lo que pasó realmente.

Como en todo accidente, podemos sacar una conclusión de suma importancia: los veleros cuantos menos tambuchos y portillos de plástico tengan mejor: son partes que siempre ceden tras un vuelco, por eso barcos tan seguros como los Swan, los Baltic o los Wauquiez nunca instalan en los cascos lo que antes se llamaban ojos de buey, y sus tambuchos son elementos de seguridad provistos de rígidos sistemas de cierre. En el caso de navegar en motoveleros o barcos a motor provistos de grandes ventanales hay que llevar a bordo unas tapas de madera o metal, que los cubra cuando llegue el mal tiempo.

Los relatos de naufragios contados por gentes que sobrevivieron y perdieron a seres queridos nunca suelen ser fidedignos. Algunas veces, se trata de evitar contar los muchos errores cometidos. Otras, por el contrario, es el subconsciente el que toma la decisión de borrar la verdad con la intención de poder seguir viviendo.